

# La República Federal de Alemania en camino de Bonn a Berlín

José Luis Martín Cárdenas\*

EN las últimas elecciones generales alemanas (septiembre de 1998) la victoria de los partidos socialdemócrata y verde trajo consigo una nueva coalición de gobierno apodada plásicamente «*rojiverde*». Por un capricho del destino, o si se prefiere por una azarosa casualidad, esas elecciones marcan un hito histórico siendo mucho más que un rutinario y alternante relevo politicodemocrático: *el gobierno de Gerhard Schröder será el que inaugure la nueva capital de Alemania*—desplazado por los electores Helmut Kohl, gestor de la reunificación—, así como el capítulo histórico contemporáneo que se ha dado en llamar ya «*Berliner Republik*» (República de Berlín).

Rasgo identificador de este gobierno berlinés sería no tanto el haber quebrado dieciséis años de poder conservador y, podría asegurarse cargando

\* Licenciado en Filosofía y Letras y en Ciencias de la Información. Diplomado en Relaciones Internacionales por la Diplomatische Akademie de Viena.

las tintas, casi unipersonal del canciller Helmut Kohl, sino el asentamiento de la central política de la RFA en latitudes geográficas diferentes de las actuales, que presagian novedades más consistentes: innovación en la continuidad, restauración de creciente justicia social, modernidad y experimentos prudentes, graduales y controlados (baste citar la política social, energética y fiscal). En resumen, se estrena un gobierno cuyos ministros son exponente de un claro cambio generacional. Alemania se muda simultáneamente de capital (cambio geográfico y sentimental) y de gobierno, coincidiendo estas mutaciones con un calendario que pasa hoja a siglo y milenio.

### Había dos ciudades...

DESDE mayo de 1999 hasta bien entrado el año 2000 durará el éxodo de Bonn a Berlín. El traslado del aparato gubernamental y administrativo, al igual que de otros órganos estatales y autoridades públicas a partir de la próxima primavera, ha hecho que los medios de comunicación social y la opinión pública más sesuda y pensadora se haya puesto a desmenuzar analíticamente los contenidos y expectativas del concepto «República de Berlín» como fórmula futura de hacer política desde aquella capital o génesis del capítulo histórico que sucede a la «República de Bonn». Se trataría de la tercera república alemana (o hablando con mayor precisión, del segundo acto de la RFA –segunda república– siendo la primera la «República de Weimar») en las vísperas del próximo siglo, acuñada no sólo por el factor geográfico sino por hechos de mayor calado como la reunificación nacional consolidada, la incardinación activa en Europa, el afinamiento del poder económico y el renacer de tradiciones aletargadas o incluso mal vistas (patriotismo, idea de nación, intervención armada fuera de las fronteras patrias, etc.) en los últimos 50 años.

¿Qué se esconde tras este concepto, básicamente político, y bajo esa etiqueta cronológica diseñada por la metodología histórica (pues ya se sabe que la historia discurre sin censuras en el tiempo y son sólo los historiadores los que la trocean a posteriori en sus afanes pedagógicos)? ¿Qué diferencias estructurales o futuribles políticosociales anidan en ese epígrafe?

Líneas arriba señalábamos una serie de novedades que han llegado a Alemania de la mano del año 1999: *nuevo gobierno, nueva generación de políticos, nueva capital, nuevo presidente, nueva moneda, nuevo siglo/milenio*.

La elección del nuevo presidente federal (el actual, *Roman Herzog*, ya reside en Berlín) a fines de mayo será como la señal oficial de partida para la

etapa a punto de comenzar. Se pasa del río Rin al Spree. De la proximidad de Bruselas, París, Londres o La Haya a las cercanías de la frontera con Polonia (80 kilómetros). Se da, pues, un salto geográfico del oeste al noreste. La zona renana –Bonn– siempre fue más proclive al sur y al oeste europeos que a los centros nórdicos. Cuenta *Adenauer* en sus memorias que, cuando miembro de la Deita de Prusia, se trasladaba desde Colonia en tren a las sesiones parlamentarias en Berlín, una vez pasado el río Elba, solía correr las cortinillas de las ventanas de su compartimento para no ver discurrir el paisaje sajón y posteriormente prusiano. Esta anécdota es todo un símbolo de las diferencias anímicas y ambientales entre la zona renana, mayormente católica, y la zona sajona y prusiana, de fe protestante. Berlín, me repito, siempre tuvo una tendencia hacia el este y ejerció un irresistible magnetismo hacia sus vecinos orientales, a pesar de su ansia devoradora de tierras (solapada eufémicamente con la fórmula «Lebensraum»). Para éstos la capital prusiana era la puerta de la tierra prometida. Para Berlín los territorios al este eran su «hinterland».

Bonn por su parte es el compendio del provincialismo (más pequeño que el cementerio de Chicago, se burlaba *John LeCarré* en su tiempo de secretario de la embajada británica en esta ciudad), por no decir de un ruralismo sereno y tranquilo. Es una capital administrativa que ha funcionado durante cincuenta años con eficacia y óptimos resultados. La transitoriedad, modestia y provisionalidad de Bonn (hechura de *Adenauer*) contrasta con el cosmopolitismo urbano de Berlín, ciudad que aspira a convertirse en centro de obligada reseña dentro de Europa como lo fue por su vitalidad cultural en los años veinte del homónimo siglo, conocidos como «*die goldenen zwanziger Jahre*»: los dorados años veinte. El sociólogo hamburgués *Heinz Bude*, en un estudio sobre «*Fundación por traslado*», compara las dos ciudades así: Bonn es sinónimo de distancia de la realidad y de los ciudadanos; Berlín es vuelta a la realidad, a los ciudadanos. Supuestas las circunstancias condicionantes de todo cambio geográfico y la importancia del entorno en la cultura y existencia humanas cabe preguntarse si será la ciudad la que cambie a los políticos o viceversa o más bien si el influjo de interacción será mutuo. No cabe duda que la nueva capital impondrá sus ritmos impredeciblemente sobre el nuevo estado; el peso de la calle, de la metrópolis se hará notar en la política, aportando bocanadas de aire fresco revitalizante para la sociedad alemana.

Desde la perspectiva de su ubicación Berlín ha sido de siempre fórmula mágica identificable con innovación, progreso, visiones cosmopolitas de urbanismo intercultural y pionera de movimientos del espíritu activo y contemplativo. Si bien se asocia igualmente a recuerdos de militarismo, intran-

sigencia, autoritarismo, reivindicaciones obreras y revoluciones populares (Arbeiterräte-Soldatenräte) o ambiciones imperialistas. Durante 200 años simbolizó el espíritu de Prusia. Es una conjunción de miedos, angustias y experiencias ligados al ensayo de la nueva república que debutará en la práctica algunos años después del 2000, una vez que Berlín se haya completado y asentado definitivamente como urbe, masa social y centro de dirección política. Las tentaciones de antaño –temen algunos– podrían volver con la fuerza impositiva y celeridad de los tiempos modernos. Hay intelectuales alemanes que asocian la República de Berlín con pesadillas apocalípticas y escatológicas. Sus preocupaciones me resultan excesivamente pesimistas, al contemplar demasiado el pasado como (pre)visión proyectora del porvenir. El famoso y polémico escritor *Martin Walser*, por ejemplo, decía en el semanario «Die Zeit» que aquel nombre trae a la memoria «sólo cosas malas», llegando incluso a afirmar que la nueva república sería efímera y para ser revocada («Republik auf Abruf»). El conocido publicista *Johannes Gross* diagnostica la posibilidad de que Alemania, «embriagada de grandeza, vuelva a sus vicios del pasado» y pide que Berlín asuma las funciones de capital, reducidos a los mínimos posibles y lógicos. Opino, sin embargo, de pasada que la RFA, asentada en Berlín, será el gran estado democrático, probado y robusto, que ha sido en la segunda mitad del siglo XX, pero sin estridencias ni desvíos, manteniendo su papel de líder dentro de ese tejido multinacional que será la Europa del siglo XXI. Más aún, no sólo crecerá su papel político dentro de una Unión Europea, no de mercaderes sino de ciudadanos ilusionados y creadores, sino también su protagonismo en el mundo como socia y simultáneamente antagonista de los EE.UU. Además, cuanto más se vaya conformando Europa como ente supranacional menos importancia tendrán las fronteras nacionales. *El futuro de Alemania está, pues, en el futuro de Europa.* Esto no es un mero eslogan, sino voluntad política asumida por todos los partidos democráticos alemanes.

Hay políticos de la talla del presidente Herzog, del excanciller Kohl o del canciller Schröder que no quieren oír hablar de la República de Berlín. Para ellos no hay ni República de Bonn ni de Berlín sino sólo RFA. Sin embargo, no cabe duda que el cambio de capital influirá en las instituciones políticas y socioculturales del período histórico que será etiquetado como República de Berlín. G. Konrad, presidente de la Academia de Arte de Berlin-Brandenburg, sostenía en una conferencia que Berlín se consolidará en este período como «una metrópolis europea» que compagine y complete la utopía urbanística del socialismo real con los rasgos posmodernos del capitalismo presente en la Potsdamer Platz, que ha consagrado el triunfo de la

estrella de la marca automovilística Mercedes-Benz sobre la estrella roja del comunismo.

## El cambio de la mejora

COMO antídoto de las profecías o sentimientos pesimistas ante el cambio de capital no estaría de más aplicar el blochiano «Prinzip Hoffnung» o las utopías concretas en forma de disposición psicológica colectiva. Al fin y al cabo perdura la misma república federal que hay ahora, ya que no se trata de otra ni hay por qué pensar en un centralismo a la prusiana o de nueva planta. La gente desea la continuidad de un desarrollo político comenzado en Bonn en 1949 y sinónimo de una revolución conservadora, de una etapa exitosa de la democracia en la historia alemana. De ahí que el ciudadano común alemán espere de Berlín la instauración de un estado democráticamente intachable. *La República de Weimar o la de Bonn son pasado. La República de Berlín es futuro.* Un nuevo nombre no significa de por sí una nueva república. *Dieter J. Oppitz* previene sobre este hecho. No se trata de nostalgias de grandezas pasadas o de incorporación de tradiciones o esperanzas de socialismos consumidos. Las dos cosas son indigestas. Berlín no es un sistema estatal nuevo, sino sólo una mera continuidad de la RFA en el tiempo, pero desde una plataforma geográfica diversa.

Es la manifestación de la nueva capitalidad a través incluso de una nueva forma de construir transparente, luminosamente (v.g. el Reichstag y la Presidencia del Estado). Como laboratorio futurístico, la nueva metrópolis desarrollará una dinámica propia ya que nueva sede significa apertura a realidades desconocidas, a ensayos pioneros, a experimentos inéditos. Así en el campo de la urbanística, del arte, de los transportes públicos. Es un reto poder empezar parcialmente de solares acotados durante casi 50 años y que se ofrecen a edificios o espacios urbanos imaginativos de nueva planta en el mismo centro de la ciudad. Se pueden proyectar trazados, combinar medios de locomoción con áreas de comercio, viviendas y ocio. En una palabra, se aviva la esperanza de no caer en los errores gigantomanos de ciudades ya ocupadas, de no caer en las mismas disfunciones metropolitanas tiranizadas por los automóviles o la especulación edilicia.

Es una oportunidad única la que brinda Berlín. Para afrontar los problemas que le vienen encima como capital federal necesita grandes dosis de realismo y optimismo, arrinconando prejuicios y utopías progresistas trasnochadas y buscando la orientación humanista, la «*Weltbürgerlichkeit*» (cosmo-

politismo) que tan bien encaja en la tradición de la escuela filosófica de Frankfurt (*Adorno, Horkheimer*). El tercer milenio traerá un nuevo ideal de hombre, un humanismo latente, irónico y crítico, pensante, responsable y de gran iniciativa individual. Consecuentemente también un germano más mezclado y universal. La nueva República deberá tomar una postura definitoria y crítica (*H. Bude*). Convendrá que precise qué es la libertad individual y cómo se compagina con un estado que se apoya en el primado de una economía que ayude a los individuos en su existencia. Definirá la identidad de lo alemán en relación con lo no alemán y su reconciliación con el pasado. («Kulturnation oder Staatsnation»). No se olvide que en Berlín los políticos y mandatarios asistirán diariamente al recordatorio de la memoria histórica desde el momento que muchos ministerios federales tendrán sus sedes en los edificios que antes albergaron centros de poder del *III Reich o del socialismo real...*

En principio no es válido ni cierto el axioma: Berlín se diferenciaría de Bonn en la medida que Bonn se diferencia de Weimar. Es evidente: Berlín recibe de Bonn una constitución, unos valores y principios, así como instituciones, partidos y asociaciones democráticas. El salto geográfico no es un salto en el vacío, aunque pudiera dar quebraderos de cabeza el constante comportamiento antidemocrático de determinados grupos de la sociedad alemana oriental, incapaces de digerir sin estridencias los hábitos del estado de derecho (quizás sirva como explicación decir que la mayoría de los alemanes orientales sólo han vivido en democracia desde noviembre de 1989). Cuando el canciller Helmut Kohl reconoció como definitivas las fronteras de la Segunda Guerra Mundial para asegurarse la reunificación alemana, abandonó el concepto de «Kulturnation», presente en el Estado alemán desde el Romanticismo, por el de «Staatsnation» limitado al territorio de la RFA, revisando en parte la definición de la identidad alemana y amasando una ciudadanía moderna capaz de debatir y discutir sobre todos los problemas, de convivir con conflictos sociales desencadenados por las diversidades multi-raciales y multiculturales, así como con contradicciones constantes que no ofrecen una solución unívoca y final, aceptando en definitiva que la sociedad democrática moderna es un ejercicio diario cargado de contradicciones inmanentes sometidas a un constante debate público.

A nadie escapa que los problemas internos y externos de la RFA no desaparecerán con el cambio de capital, ya que no dependen del lugar sino de la atalaya desde la que los divisen, planteen y solucionen las fuerzas políticas y la sociedad alemana, extendida por todo su territorio: nuevos y antiguos estados, este-oeste. Desde dentro y fuera se espera que la RFA en Berlín sea

más consensual y menos vuelta hacia sí misma, más europea, de sólida economía de mercado y simultáneamente más social, más justa y más conflictiva debido a la heterogeneidad de los problemas y la multiculturalidad de su ciudadanía. Digamos finalmente que los conceptos no surgen por generación espontánea o por ensueño. Se inventan para ser llenados de contenido. Hablar de «Berliner Republik», cuando aún no ha dado sus primeros balbuceos, puede parecer un sin sentido, un ejercicio académico de ensayistas teóricos propio de alemanes («pensadores y soñadores», les llamaba *Madame de Staël*) o una manía de los medios de comunicación social y de los historiadores, empeñados en etiquetar y acotar metodológicamente períodos encadenados y sin discontinuidad en el tiempo para facilitar su comprensión. Concluimos por ello esta anticipación histórica citando una afirmación de *G. Fest*, totalmente acertada: por ahora la única constante que caracteriza a la «Berliner Republik» es la *mutación* («Veränderung»). Todo lo demás son hipótesis de trabajo y especulaciones, revalidables con el paso de los años. Si, como paisanos europeos, nos es permitido expresar al pueblo alemán un voto de felicidad y un deseo al iniciar esta nueva etapa de su historia democrática, escogeríamos una frase-compendio del gobierno de *Willy Brandt* (para mí el más denso e ilusionante de la RFA): «*mehr Demokratie wagen*» (atraverse a mayor democracia). Todos saldríamos beneficiados.